La Arqueología paleocristiana en España: estado de la cuestión

por PEDRO DE PALOL

En mi propósito de realizar un examen de conciencia en torno a los trabajos de investigación arqueológica de nuestro primer Cristianismo, dirigido a señalar las necesidades de esta investigación, con vistas al próximo Congreso Internacional de Arqueología Paleocristiana que se celebrará, Dios mediante, en Barcelona el año 1969, debo señalar que dispondremos pronto, como punto de partida, de una obra de síntesis lo más completa posible, de lo hecho y de lo que las viejas excavaciones nos permiten deducir hasta este momento. Está en prensa mi obra "ARQUEOLOGIA CRISTIANA DE LA ESPAÑA ROMANA", escrita en 1961 y puesta al día hasta el verano de 1966, y que en estos momentos está acabándose de imprimir. En este libro dedico capítulos a la arquitectura, a la ornamentación de templos, a los mosaicos y al arte sepulcral de los cementerios paleocristianos hispánicos, es decir, a la escultura de sarcófagos y a las cubiertas de mosaico. Finalmente, un capítulo de artes menores.

Muchas veces no he podido emprender una revisión de excavaciones antiguas y he tenido que contentarme con las publicaciones mejores o peores de viejos trabajos. Este es un primer hecho en el que quiero hacer hincapié con miras a un futuro más activo de nuestra arqueología. Hasta ahora no disponemos de trabajos modernos de excavación más que para el mausoleo de Centelles, debidos al profesor Schlunk, aquí presente; para las basílicas de la isla de Menorca, gracias a la diligencia de la señorita Serra, también asistente, y para la basílica de Barcelona, en cuyos trabajos intervengo juntamente con mis amigos, señoritas Adroer y Sol y señor Verrié, también aquí presentes.

Algunos edificios excavados de antiguo van a exigir una revisión total

de plantas, y en algunos casos, incluso, una reexcavación. Otros, por el contrario, únicamente una publicación minuciosa de lo hecho. Así, yo mismo he levantado nueva planta de la basílica de Casa Herrera en espera de la publicación de las excavaciones realizadas por Serra Ráfols, al igual que el templo—importantísimo—de Torre de Palma, en Portugal, del cual publico sólo un croquis levantado con prisas, en espera del trabajo del profesor Heleno, de Lisboa.

Creo que con ello, desde un punto de vista arquitectónico, he señalado ya una necesidad perentoria: el volver a revisar la mayor parte de las plantas y, si ello fuera preciso, reexcavarlas para tener planos definitivos de las mismas. Quizá las basílicas de Mallorca y las de la Bética sean, en este sentido, las que más precisen de una revisión. Es muy posible que, después de haberla llevado a término, mi libro quede en muchísimos aspectos envejecido. Sería para mí una gran alegría el comprobar que nuestra ciencia ha tenido una actividad nueva, y me sentiría muy feliz en haberle proporcionado un punto de partida.

A pesar de todo, creo que puedo intentar presentar unas líneas de síntesis de esta etapa de nuestra Arqueología, que va desde el siglo IV hasta finales del VI.

I.—En el campo de la Arqueología, me parece que va perfilándose, en este siglo inicial, un hecho de gran trascendencia, incluso para el estudio de la romanidad decadente de la vieja Hispania. Se trata del gran papel que desarrolla el llamado arte de los *grandes latifundistas*. Las más extensas y las mejor decoradas villas romanas de Hispania corresponden por lo general al Bajo Imperio o, por lo menos, tienen bellas e interesantes reconstrucciones al final del Imperio, lo cual demuestra una nueva vitalización de las residencias de estos grandes terratenientes. En el estudio del mosaico romano en España que están haciendo, entre otros, los profesores García y Bellido y Balil—también asistentes a nuestra Reunión—, el mosaico del Bajo Imperio está teniendo una gran extensión y una calidad artística de primer orden, como ya nos hizo ver en su día la obra de Parlaska. En este sentido, los trabajos de García y Bellido en Sádaba, los de Schlunk en Centelles, las excavaciones de la villa *Fortunatus* de Huesca, la misma basílica de la villa portuguesa de Torre de Palma, los conjuntos emeritenses de La Cocosa, entre otros, vienen a ser testimonios de esta vinculación estrecha de nuestra primera arquitectura paleocristiana, de tendencia funeraria y basilical, con el arte de los grandes latifundistas, capaces de crear conjuntos del tipo de

Tossa de Mar o de Bell-Lloch en Gerona o de los bellos mosaicos de las villas de Navarra o del conjunto de Cuevas y Santervás del Burgo, en Soria, o de las villas de Dueñas y Calabazanos en Palencia o de las de Almenara de Adaja y de Prado en Valladolid, entre otras muchas.

No debemos olvidar el matiz rico, elegante, de este arte de los latifundistas. En el fondo hay un deseo de imitar lo áulico, lo cortesano, como podemos ver en Centcelles y lo ha puesto bien de manifiesto el profesor Schlunk. Hay, pues, en este siglo IV, una tendencia culta y rica, con visos de arte oficial en todas estas manifestaciones, que creo no debemos olvidar. Estoy convencido de que una investigación de la Arqueología paleocristiana española, particularmente en el siglo IV, en esta dirección, dará frutos importantes.

En esta línea de los propietarios rurales del Bajo Imperio está, fundamentalmente, el conjunto de Centcelles. El mausoleo de La Alberca, con sus estructuras con paralelismos adriáticos dentro de este siglo IV, quizá responda a otra tendencia, a no ser que nuevas excavaciones pusieran al descubierto una villa romana en sus alrededores. Necrópolis la hay, evidentemente, y restos de otros edificios romanos, también. Es otra de las excavaciones que pueden dar gran fruto. El mausoleo de Sádaba, en Zaragoza, es típicamente constantiniano, sin nada que traduzca su cristianismo, pero pudiera serlo perfectamente. Torre de Palma es de finales del siglo V, creo, lo mismo que los restos de La Cocosa, si no son más tardíos, quizá del siglo VI en su primera mitad. El resto de la arquitectura pertenece ya a los siglos V y VI, con la excepción de la sinagoga de Elche, dentro de las aulas rectangulares del IV. Sus mosaicos entroncan perfectamente con lo profano del mismo momento, como puede atestiguar, por ejemplo, la villa de Daragoleja.

II.—En este siglo IV y en el V, apenas sabemos nada de la *pintura paleocristiana*. Lo emeritense tiene aire pagano y, en todo caso, hay que añadir sólo el Crismón de Troya, en Setúbal (Portugal), como pieza aislada. Hay que saltar al siglo VI y describir las pinturas de la basílica de Barcelona para hallar de nuevo un tema de color en el arte paleocristiano español. De ellas hablaré, junto con mis amigos de Barcelona, en una de las comunicaciones.

III.—*La escultura*, por el contrario, es abundante, rica y del mayor interés por su iconografía, con la aparición de una serie de ejemplares únicos

en este aspecto. La exportación de los talleres de Roma a Hispania fue intensa, y a través de los últimos hallazgos se perfila, incluso, la posibilidad de establecer ciertos grupos humanos, demográficamente densos.

Quiero señalar aquí los recientes y repetidos hallazgos realizados en el casco urbano de la actual ciudad de Córdoba—en los cuales tanta intervención ha tenido la señorita Vicent, que también asiste a nuestra Reunión—que, sin lugar a dudas, vienen a definir un extenso cementerio del tipo del de Tarragona. Es una pena que un yacimiento de tal calidad e interés histórico no pueda ser investigado de la misma forma como lo fue el tarragonense, y que haya que encogerse de hombros ante toda imposibilidad de acción. Es, precisamente, a través de estos conjuntos funerarios que podríamos tener un índice humano, directo—muchísimo más vital que el estudio de las iconografías de una serie de sarcófagos—para explicarnos la intensidad y el carácter de nuestros primeros cristianos españoles. El problema, plenamente histórico más que artístico, como viene tradicionalmente planteándolo nuestra arqueología, tiene evidentemente un futuro menos brillante y exigiría un nuevo enfoque que todavía no podemos darle. Este aspecto demográfico de nuestra población hispanorromana cristiana lo he abordado, en un primer intento de cartografía arqueológica, trabajo todavía en prensa; pero de ello no pretendo ahora tratar, y continuaré sin apartarme de la línea tradicional de investigación.

Volviendo a los sarcófagos, debo señalar que el mismo interés y la riqueza de sus series han hecho que se les haya dedicado mayor atención. Posiblemente es el conjunto mejor conocido y, me atrevo a decir, el único bien conocido para la ciencia extranjera. Así, nuestro amigo el P. Sotomayor, aquí presente, ha redactado para esta Reunión una excelente ponencia sobre estas piezas importadas, que todos escucharemos con interés y provecho. Es, por tanto, un aspecto que está en muy buenas manos. Me refiero, de todas maneras, a las piezas del siglo IV, preconstantinianas y constantinianas, procedentes de los talleres de Roma. Los ejemplares locales, algunos del siglo IV, pero en general de finales del V y del VI, responden a otras corrientes y a otros influjos de los que haré referencia más adelante.

IV.—Si pasamos a considerar la *arqueología de los siglos V y VI*, creo que debemos hacer constar para ambos un profundo africanismo de modelos. Quizá sea en las Baleares donde es más patente, sin que pueda excluirse de las demás regiones de la costa, por ejemplo, en la propia Emporion. Las Baleares van a ser en el siglo VI un apéndice del Africa

bizantina, si bien los contactos son ya intensos desde tiempos anteriores, como atestigua, además, Víctor de Vita al hablar de la huída de los cristianos a Hispania (Balears y Tarraconense) en tiempo de los vándalos

A esta corriente del siglo v corresponden en la arquitectura basilical las cabeceras tripartitas, con muro exterior recto en el fondo, y pastoforias flanqueando el presbiterio. Así existen en Mallorca y en Menorca. La basílica de Son Bou parece casi un prototipo.

Pero no quiero pretender una perfecta unidad en estas plantas desde el siglo v; por el contrario, desde este momento y sobre todo en el siglo vi, una de las principales características de nuestra Arqueología paleocristiana será la tremenda diversidad de tipos y de influencias. Así, el templo de Santa María de Tarrasa, con su baptisterio cuadrangular, está mejor en una línea italiana y francesa, dentro incluso de este siglo v.

Un fenómeno importante para la arquitectura del siglo vi, de gran actualidad, es la aparición de un ya nutrido grupo de templos con ábsides en los extremos del eje mayor. De las llamadas basílicas de doble ábside tenemos ya seis ejemplares conocidos y en condiciones de estudio. El primero que se señaló fue el templo de San Pedro de Alcántara, en la Vega del Mar, provincia de Málaga, recientemente actualizado por Schlunk y por Hauschild en trabajos inéditos; después se cita el templo de Alcaracejos, en el Cerro del Germe (Córdoba), nunca publicado en planta; añadimos Casa Herrera, cerca de Mérida, y el templo de la villa romana de Torre de Palma, en Portugal. Se excava ahora otro ejemplar en Bruñel, Quesada, Jaén.

El origen africano está claro; además, dentro de la línea de cabeceras tripartitas. Hoy los arqueólogos franceses dedicados al Africa cristiana, están estudiando estas estructuras con el mayor interés. Mi amigo Duval ha reunido nada menos que 27 ejemplares en la última cita que de ellos hace. Ahora bien, creo que hay ciertas diferencias con lo original africano y lo hispánico, tanto en la función del segundo de los ábsides, el de los pies, como en relación a su estructura. Duval, después de muchas dudas y de nuevas excavaciones, se inclina por el carácter martirial de los segundos ábsides en las basílicas norte-africanas, señalando, además, que en la mayor parte de los mismos este segundo ábside ha sido añadido a una estructura preexistente. Para lo español, creo que el carácter martirial no es absoluto ni único—véase, por ejemplo, la basílica de Casa Herrera—y pienso, además, que estas estructuras han podido llegar ya bien establecidas a Hispania, donde no son, en algún caso, resultado del añadido de una tumba principal, o relicario, a los pies de un templo, como sucede en Africa. El tema

es, como pueden ver, apasionante, y estoy trabajando precisamente ahora en el mismo, aparte el capítulo que le he dedicado en mi libro.

¿Todos estos templos de doble ábside son del siglo VI? Esta es la cronología generalmente aceptada para lo hispánico. Quizá Torre de Palma, con su complejidad interesantísima y sus estructuras absidiales todavía antiguas dentro de esta serie de cabeceras tripartitas, pudiera ser algo anterior. De todas formas, los hallazgos de mobiliario funerario de ciertas tumbas de los alrededores, el caso concreto de un broche visigodo de placa rectangular—según nos informó nuestro buen amigo el profesor portugués Almeida—llevarían a este siglo VI, sin duda. Es muy posible que esté precisamente en este conjunto de Torre de Palma una gran parte de la explicación de lo que todavía son, por ahora, problemas para este tipo de edificios, sobre todo en su aspecto funcional.

Este es, en arquitectura, el único conjunto unitario que poseemos en el siglo VI. Los demás edificios responden a tendencias y a plantas muy variadas, con caracteres, repito, muy locales o de interpretación local de fórmulas forasteras de tendencias distintas. Pero algo hay que interesa hacer destacar, creo, en cuanto a cambios estructurales que nos sugiere la arquitectura posterior, de tiempos plenamente visigodos del reino de Toledo. Me refiero, en especial, a la aparición de plantas con transepto, como en Fraga, en San Pedro de Mérida, en Zorita de los Canes; mientras que Aljezares y Cabeza de Griego, en Murcia y Cuenca respectivamente, responden a viejas tradiciones, a corrientes distintas.

V.—¿Qué ha sucedido en estos dos siglos con la ornamentación de los templos? Continuamos con una falta absoluta de pintura mural, si exceptuamos los ejemplos de Barcelona, de aspecto muy romano, con plafones de imitación de mármoles, y hasta ahora sin figuraciones. Por lo demás, no hay nada en absoluto. En cambio, es rico el mundo del mosaico pavimental, pero con el fenómeno curioso e interesante de que en la Península no existen pavimentos en los edificios del siglo VI, excepto en las Baleares. Los que conocemos son anteriores: de la mitad del IV, los mosaicos de Elche; de la mitad del V, los de Santa María de Tarrasa. Nada sabemos de los que pudo haber en La Alberca o en otros edificios. Por el contrario, los templos baleáricos tienen todos, excepto Son Bou y la basílica de Cap d'es Port de Fornells—todavía en proceso de excavación—, bellos mosaicos de taller y cartón africano de la mitad del siglo VI, dentro del último florecimiento del mosaico romano africano en tiempos bizantinos. Las seme-

janzas y los paralelismos son tan evidentes que no vale la pena insistir sobre ellos. Pero sí quiero destacar una observación interesante y es la clara tradición iconográfica hebrea sinagoga de origen palestino en los pavimentos baleáricos, sobre todo en Menorca, como explicaré con más detalle en una comunicación. El hecho nos lleva a considerar las viejas poblaciones judías de la isla y la famosa carta-encíclica de Severo, con la conversión de las mismas.

Los templos del siglo VI, incluso los de ábsides contrapuestos que he citado, no tienen mosaicos; por el contrario, hay en ellos los primeros elementos de escultura ornamental que tanta fortuna y desarrollo tendrá en época visigoda. En ellos no existe todavía unidad de ninguna forma. Mientras en Cabeza de Griego hay elementos muy tradicionales, clásicos y de factura excelente, en Aljezares, el segundo de los conjuntos, está patente un africanismo tardío, frecuente en las basílicas de la Cirenaica, como podemos ver a través de la obra de Ward Perkins, por ejemplo.

VI.—También en el mosaico sepulcral está patente este africanismo que señalaba para los pavimentos baleáricos. Excepción es, sin duda alguna, la lauda de *Optimus*, de Tarragona, de finales del siglo IV o principios del V, que últimamente ha estudiado Balil, considerándola anterior a lo africano. Quizá la única que podamos afirmar para ella es un mayor "clasicismo" y vinculación a otros pavimentos—tardíos, ciertamente—como el de Tossa de Mar. Pero si para esta lauda hay ciertas dudas y no sea tan evidente este origen, para otras, por ejemplo, en la propia Tarragona o en Mallorca, e incluso en Coscojuela de Fontova o en Itálica, podemos pensar en artesanos africanos en Hispania. Lo mismo que para ciertos sarcófagos, como diré inmediatamente. Ahora bien, faltándonos puntos fijos de cronología arqueológica para la mayor parte de estos pavimentos, a pesar de las monedas aparecidas en el sepulcro de Alfaró, Logroño, y otros datos menos seguros, no podemos fijar una cronología hasta no disponer de buenos estudios de los conjuntos africanos del tipo, por ejemplo, de los recientes trabajos de la basílica del "prêtre Félix" en cabo Bon, o de las basílicas de Setif, debidas a Duval y a Février, respectivamente. Se nota cada vez más la falta de un corpus de este tipo de sepulturas.

VII.—Muy importante y diverso es en estos siglos V y VI—quizá con arranque ya a partir de finales del IV—el hecho de la aparición de talleres locales de escultura funeraria de sarcófagos. Es quizá en este aspecto donde

pueden valorarse más y mejor las diferencias locales que traducen tendencias forasteras muy poco unitarias. En el momento en que los talleres de Roma dejan de exportar, son los talleres locales los que suplen esta falta. No siempre es fácil agrupar las piezas de un mismo centro, como se ha podido hacer con Tarragona o con el grupo de la Bureba. Para Tarragona tenemos un buen estudio de Schlunk, que sabemos vuelve otra vez sobre él en el sentido de acentuar el africanismo tunecino de los modelos, por ejemplo, del doble campo de estrígilas y de la estilización de ciertas figuras, acento que yo mismo señalé en una breve conferencia que pronuncié en Ravena hace años, frente al mismo trabajo de Schlunk que me había servido como base de estudio, y que todavía es de uso imprescindible para el conocimiento de este taller.

El grupo de la Bureba ha sido hasta ahora la gran incógnita—tanto iconográfica como cronológicamente—de este momento de nuestra escultura. Todos nos hemos contentado un poco con señalar su forma local e intentar una explicación temática sin profundizar en ella. Ahora lo ha hecho Schlunk identificando en una de las piezas una tradición iconográfica africana antigua—quizá del siglo IV aún—con escenas de la visión de Santa Reparada. Estamos, pues, en buen camino para explicarnos la presencia de un grupo cristiano estrechamente vinculado a las comunidades africanas en esta región castellana de la Bureba.

Para el sarcófago de Ecija, el propio Schlunk ha señalado su orientalismo griego, de raíz constantinopolitana, semejante y distinto a la pieza local de Alcaudete. Y sé que para esta Reunión nos prepara una sorpresa relacionada con la pieza de Pueblanueva de Toledo, también de origen griego oriental, pero labrada en España. Se trata, pues, de un grupo muy diverso en influjos y orígenes que, con toda evidencia, traduce una rica variedad de gentes y de conexiones.

Todavía podemos añadir nuevas líneas de investigación con la presencia de piezas aquitanas del siglo VI en lugares tan distantes como Ampurias (dos ejemplares) y Villanueva de Lorenzana, en Lugo (un ejemplar). Tampoco estamos exentos de influencias ravenaicas, precisamente en el NO. peninsular, y quizá a través del sarcófago del niño *Ithacius*, en la catedral de Oviedo.

VIII.—La diversidad local en este siglo VI es completa. La heredará el arte llamado visigodo; pero la presencia de un poder político fuerte, central, unitario y con apetencias políticas muy concretas y muy "hispa-

nicas", si vale la expresión, lo llevará a una cierta uniformidad, característica del arte hispanovisigodo, pero sin que se olvide absolutamente nada de lo anterior, variado y, a pesar de los escasos ejemplos, de un gran interés y riqueza de fuentes.

Este es, a grandes rasgos, un poco el estado de la cuestión de nuestra arqueología. Ciertamente hay muchas dificultades de investigación por la complejidad de iconografías y de orígenes y por un cierto abandono en el que hemos tenido hasta ahora a este tipo de estudios. El propósito de nuestra 1.ª Reunión que ahora inauguramos es intentar en lo posible poner remedio a este estado de cosas y poder enfocar de manera orgánica nuestros futuros trabajos de investigación con vistas al próximo Congreso Internacional de Arqueología Cristiana que D. m. celebraremos en Barcelona el año 1969.

La historia de las basílicas cristianas de Menorca es relativamente reciente. En 1951 el Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Bartolomé Caspary Martí Camps de Menorca, guiado por unas indicaciones del Ilmo. Sr. D. Juan Ripper y Fábregas, Delegado Insular de Excavaciones Arqueológicas, descubrió la basílica de San Blas. En 1956, debidamente autorizada, después de una serie de trabajos de exploración realizados en terrenos de Es Fornells de Torrelló, donde presuntí que debía hallarse un templo cristiano, practiqué una casa alrededor de uno de los sillares que emergían del suelo explorado y apareció un fragmento de mosaico, que determinó la posterior excavación de la parcela y la adición de una nueva pila al incipiente catálogo. Y en 1958, fue el Ilmo. Sr. D. Carlos de Salort y de Albertí, Delegado del Gobierno de Menorca, quien, en una finca perteneciente a su familia, situada junto al puerto de Fornells y llamada por esto "Es cap des port", comprobó que un capitel y una inscripción que acababan de aparecer durante los trabajos de limpieza, pertenecían a otro edificio cristiano. Antes de estas fechas, para tener la seguridad de que en 1918 fueron hallados los restos de una basílica y construcciones ajenas al borde del acantilado del puerto de Castelló, pero entonces nadie se dio cuenta de ello y pensaron haber hallado la ciudad romana llamada "Janno".

De las tres primeras basílicas citadas, se excavó la de San Blas en 1957 por el Rvdo. Sr. D. Fernando Martí Camps, Pbro., Profesor de Arqueología del Seminario Conciliar, bajo la dirección y supervisión del señor Obispo. Yo llevé a cabo la excavación de la segunda en 1957, y des-

1. Bonaix Praxas, Rafael, Apéndice, en "El Socos, Iglesia y ex-convento de Nra. Sra. del Socorro", por José Cavallera Praxas, Ciudades, 1958, p. 122.